

Sant Cugat del Vallès, 19 de diciembre de 2019

Queridas hermanas y queridos miembros de MFA:

Al acercarse la fecha del aniversario de la muerte de Madre Alberta - su nacimiento para el Cielo, como ella nos diría - os invito a levantar nuestra mirada hacia lo alto para agradecer la herencia recibida. Somos herederos del carisma que el Espíritu Santo regaló a la Iglesia en la persona de Alberta Giménez. Tomemos conciencia de nuestra responsabilidad de seguir siendo fieles al camino espiritual que ella inició en la sociedad de su tiempo y que debemos hacer realidad en el mundo de hoy.

Muchos de vosotros conocéis la Casa Madre de Palma de Mallorca, otros habéis visto fotografías o vídeos. Es un lugar entrañable. Al recorrer sus pasillos y sus salas, nos sentimos como en casa, experimentamos que allí vivió una persona que nos es muy querida y que es importante en nuestras vidas.

Las crónicas nos refieren que la Madre falleció en esta casa el 21 de diciembre de 1922, poco antes de las 4 de la mañana. Al comunicarse la noticia, la capilla y los salones del primer piso se llenaron de gente que quería darle su último adiós y expresarle su agradecimiento. En ese día se celebraron cuatro misas en la casa y se rezaron rosarios en las diversas dependencias. Aquellos que la conocían intuían que había muerto una gran mujer, una santa.

A Madre Alberta la muerte no la cogió por sorpresa; estuvo muy presente a lo largo de su vida. La había afrontado con gran serenidad cuando Dios se llevó a sus seres queridos y a sus jóvenes religiosas. Su vida tuvo mucho de cruz, de sufrimientos y dificultades, pero en ella se han cumplido las palabras de Jesús. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24). Cuando leemos sus escritos vemos que quería vivir unida al Señor para morir también con Él: «Ya, Dios mío, nada me propongo, nada quiero, nada que de Vos me separe. Con Vos debo vivir, ya que con Vos quiero Morir» (EE, 328).

A los 97 años de su muerte, bien podemos decir que hizo realidad en su vida lo que nos pide el Señor a todos: «Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas acciones y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16). Las personas que han vivido para Dios no perecen, su presencia se prolonga en el tiempo, su nombre es bendecido por las generaciones que les siguen y se alaba a Dios por las obras grandes que hecho a través de ellas.

En mis visitas a las diversas obras de la Congregación he podido constatar que sigue brillando con fuerza la luz de la Madre:

- En los colegios de África, América y Europa, llenos de vida y con tantos niños, jóvenes, maestros, profesores, personas comprometidas; en lo que hoy es la continuación de su Escuela de Magisterio, convertida en centro superior universitario (CESAG); en los hogares, internados, y residencias; en los hospitales de las misiones que, con medios limitados, salvan tantas vidas.
- En la gran familia de MFA, que ha surgido del mismo tronco, y sigue creciendo y fortaleciéndose, viviendo la espiritualidad albertiana y buscando la santidad, como lo hizo la Madre en la vida cotidiana.
- En la vida de tantas hermanas que, a pesar de su fragilidad y con ella, estudian, se preparan, se entregan con mucha ilusión a la misión, sanan heridas, acompañan, escuchan, oran y ofrecen desde su enfermedad o en la ancianidad.
- En los lugares de atención a las personas más vulnerables como las cárceles, los centros de formación y alfabetización.
- En los jóvenes de Foc, de Deja Huella, en todos los que participan en las actividades y campañas en favor de las misiones y de los más pobres.

Acabo de llegar de Ngovayang, pequeño rincón de la selva de Camerún y, como podéis ver, Madre Alberta también está muy presente.



Escuela Saint François Xavier de Ngovayang, 2019

Me permitiréis que os hable de mi experiencia en los días que he pasado allí.

La fundación de la comunidad de Ngovayang tuvo lugar en octubre de 2011, al mismo tiempo que MFA daba sus primeros pasos. Algunos de vosotros, en aquel momento, pusisteis vuestro granito de arena para ayudar en la fundación y habéis seguido colaborando con ella.

En un principio, la misión de las hermanas fue encargarse del “Foyer Notre-Dame de la Merci” (Hogar Nuestra Señora de la Merced), en el que se acoge a niñas del pueblo de los *Badgeli*, un pueblo pigmeo de Camerún. Este pueblo es marginado por las demás etnias que le rodean y se ve forzado a dejar su hábitat a causa de la tala masiva de los árboles de las selvas del sur del país. Para sobrevivir, tienen que dejar sus actividades tradicionales de caza, pesca y recolección, e instalarse en los poblados donde poder cultivar.

En Ngovayang conviven varias etnias y el gran desafío es la integración de los diferentes grupos para que todos puedan aportar su riqueza. La tarea de ayudar a la integración de las niñas *Badgeli* fue muy dura al inicio, pues tanto las niñas como las hermanas sufrían la marginación de la población. Pronto vieron que el único modo de poder avanzar en la misión encomendada era hacerse cargo de la escuela infantil y primaria de la Misión, perteneciente a la diócesis de Kribi. Después de ocho años de presencia en la Escuela, la integración entre las diferentes etnias es una realidad entre los alumnos: estudian, juegan, se organizan y trabajan juntos en el campo escolar.

Este curso 2019-2020, gracias a la ayuda de tres ONGs, disponen de una escuela nueva que acaban de estrenar.

Tanto la mayor parte de la población de Ngovayang como los *Badgeli* son muy pobres. Las niñas pigmeas bajan de sus campamentos con lo que llevan puesto; algunas de ellas no saben ni cuándo nacieron, ni qué edad tienen, hay que pagar para inscribirlas en el Registro civil y les ponen muchas dificultades. Por otra parte, muchos niños de los poblados cercanos caminan

más de 4 km. para ir a la escuela y otros tantos para volver, algunos de ellos son muy pequeños. Aunque se les pide que lleven el uniforme de las escuelas católicas, no todos pueden comprárselo. Otra carencia es el material escolar, en algunas clases tienen que compartir un libro para cada cuatro alumnos; cuentan con un solo ordenador para toda la escuela y éste se traslada en el momento de las clases, en algunas aulas se explican las partes del ordenador dibujándolas en la pizarra.

En la zona hay muchos niños sin escolarizar. Es un grito, una llamada de los pequeños y olvidados por las autoridades y el Gobierno. También es un gran desafío hacer que los adultos comprendan el valor de la educación y les ofrezcan a sus hijos esta oportunidad.

Un padre de los Misioneros Oblatos de María Inmaculada – misioneros que llegaron unos años después que nosotras a Ngovayang - me decía: «Aquí sólo se permanece por Jesús y haciendo mucha oración». Y el Obispo de la Diócesis de Kribi, que quiso que fuéramos a visitarlo, nos dijo: «Estar en un lugar así, no lo hace cualquier Congregación, ni cualquier persona. Habéis sido muy valientes. Le habéis devuelto la dignidad a muchas niñas. vuestras obras muestran la grandeza de vuestro carisma». Y es que el legado de Madre Alberta se halla muy presente en Ngovayang, es bendecida, le cantan y le piden cosas. Incluso ya hay una niña que lleva su nombre.

Es cierto, nuestro Carisma es un gran regalo. Cuidémoslo. Conozcamos más a Madre Alberta, invoquémosla*, que ella nos enseñe a buscar a Dios, a dirigir nuestras aspiraciones al Cielo. En mis conversaciones con las hermanas, con laicos de MFA, con el personal de los centros y amigos de la Pureza, he podido ser testigo de la inspiración que ha supuesto la vida de la Madre para dar sentido a las dificultades y sufrimientos, para vivir confiados en la Providencia de Dios, para mirar con esperanza al futuro. Os agradezco que hayáis compartido conmigo esta cercanía de la Madre en vuestras vidas.

Y, mirando a nuestro mundo tan necesitado, oremos con intensidad para que siga creciendo MFA, con miembros comprometidos que den

testimonio del Evangelio de Jesús en su trabajo y en su familia. Oremos también para que el Señor siga llamando a jóvenes que se entreguen en la vida religiosa. Porque, tal como Él nos dijo, «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Lc 10, 2).

Un fuerte abrazo y aprovecho para desearos una feliz Navidad y un buen inicio de año,



Emilia González

H. Emilia González García
Superiora general



Felicitación realizada por las niñas Badgeli del Hogar

*Para que la causa de beatificación de Madre Alberta vaya hacia adelante, no dejemos de pedirle al Señor las gracias que necesitamos por su intercesión. Os recordamos que podéis pedir oraciones a la comunidad de la Casa Madre y comunicar las gracias recibidas al siguiente correo: info@pmaria-casamadre.es